

Un edificio que visualiza la imagen de una ciudad

Alejandra Celedón
Stephannie Fell

El 29 de septiembre de 1979, el Estadio Nacional de Santiago se llenó con personas de toda la ciudad. El foco de esta reunión no fue un concierto ni un evento deportivo, sino un operativo gubernamental masivo que procesó en un solo día 37 mil títulos de dominio a pobladores¹, fijando décadas de políticas y ocupación improvisadas. La palabra *stadium* en inglés deriva del griego *stadion*, cuyo origen literal es una medida de distancia de carrera ente dos puntos, una brecha que llegó a referir a un octavo de milla romana, un poco más de 600 pies o 183 metros. Haciendo eco de esta etimología, el Estadio Nacional de Chile se transformó ese día en su propia medida de distancia entre el centro y la periferia, entre el pasado y el presente de una ciudad. Este pasado en particular hace referencia a un evento histórico que por un breve instante permitió visualizar una ciudad completa suspendida en un edificio (FIG. 01).

El público de este evento era, en su mayoría, beneficiarios de la Operación Sitrío², una política nacional de vivienda de autoayuda implementada en la década de los sesenta, que respondía a la grave crisis de vivienda en Chile otorgando acceso a suelo urbano y, por sobre todo, un terreno propio dentro de la ciudad. Los críticos la llamaron “operación tiza”, ya que el trazado con tiza de un sitio semiurbanizado de 9 por 18 metros era lo que la mayoría de las personas recibía; en otras palabras, tierra. Para poder reclamar como propio este pedazo de ciudad, por distante del centro que se encontrara, los beneficiarios debían demostrar previamente el ahorro de cuotas. Sólo entonces podían escalar a otra lista, ya no por un trozo de la ciudad (que ya estaban ocupando), sino por un trozo de papel con la inscripción de su título de propiedad.

La semana anterior al evento, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) publicó un fascículo en la prensa oficial junto a una planta del estadio. Sus sesenta páginas contenían una larga lista de las personas convocadas, divididas en 17 comunas del Gran Santiago³, dentro de las cuales más de 60 poblaciones estaban representadas por barrios y villas. Cada comuna fue asignada a un sector determinado del estadio (1, 2, 4-B, 1^a) y una puerta de acceso específica a las graderías (SS, RR, Q, J, HH, etcétera), generando así un código gramático y estético que conectaba el edificio con la ciudad circundante.



FIG. 01

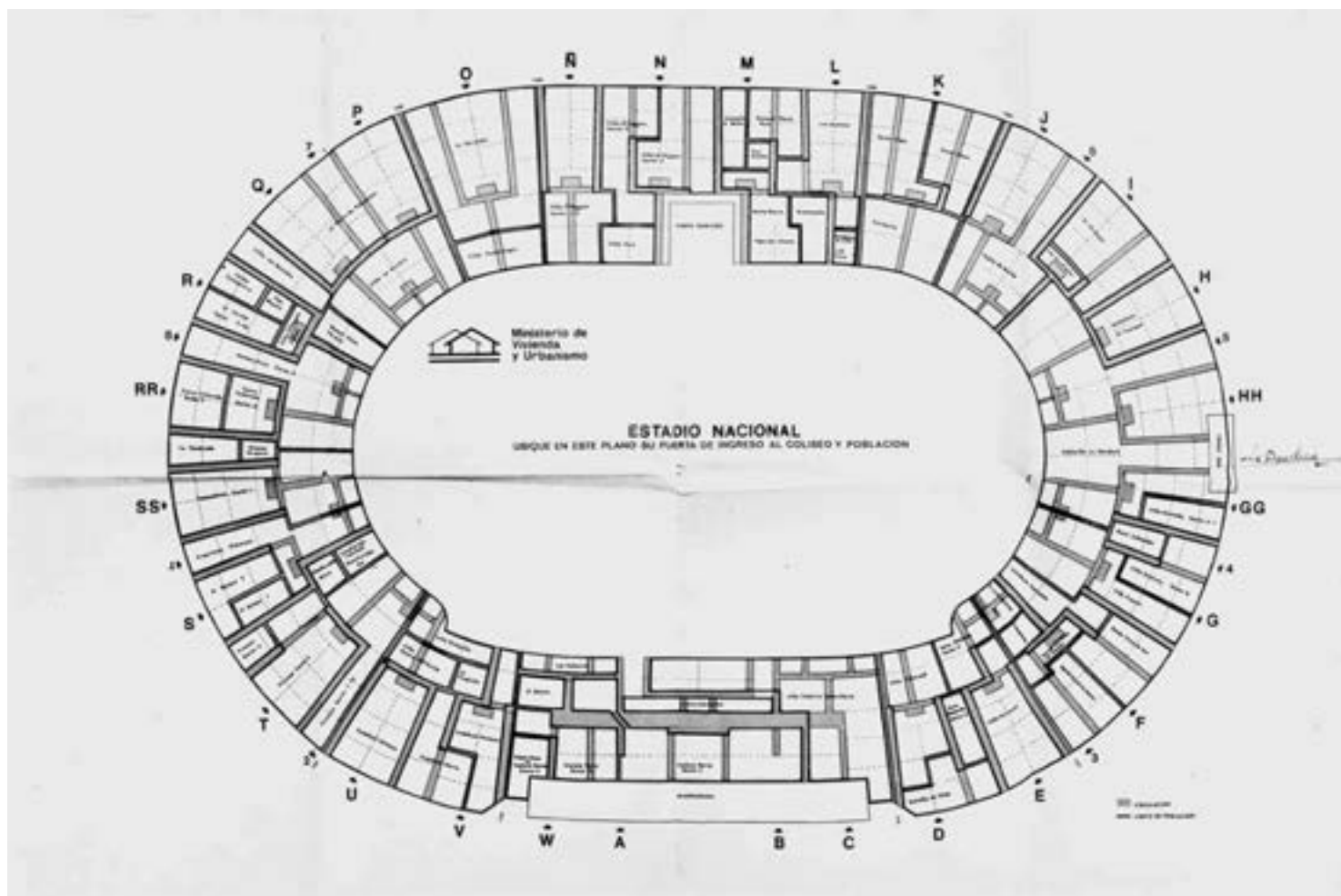


FIG. 02

Como resultado, la planta del estadio ya no dibuja asientos ni graderías, sino que visualiza una ciudad 'otra', marginada del centro, reuniendo diferentes escalas y lugares en un solo panorama espacio temporal. Al dibujar una línea recta entre el centro geométrico del estadio y las comunas periféricas a la cuales la planta refiere, las distancias varían en un promedio de 20 kilómetros – un trayecto entre el edificio y la ciudad recreada equivalente a 109 *stadiums*. La leyenda de la planta revela estas superposiciones de escala a partir de una textura gris denominada "circulación" y una línea gruesa que representa los "límites de población" junto a sus nombres. En el centro del espacio vacío de la forma geométrica oval, otra etiqueta indica: "Ubique en esta planta la entrada al coliseo y población", a un costado del logo del Ministerio de Vivienda y Urbanismo que muestra una casa duplicada, desplazada. Al seguir las instrucciones, se hace evidente que "HH" no sólo referencia el acceso norte al edificio, sino la puerta a través de la cual se transporta la ciudad al edificio, se transforma a sus ocupantes en propietarios y se transfiere el problema de la vivienda desde un servicio social a un bien de consumo (FIG. 02).

Como parte de estas transformaciones, las graderías del estadio son redibujadas por perímetros y contenedores de diferentes formas y tamaños en relación al número de "beneficiarios" de cada sector (la lista en orden alfabético en las páginas que preceden y siguen a la planta publicada). En el proceso, la planta otorga

representación gráfica y espacial a cualidades previamente intangibles, como creencias e ideologías, medida y clase, dinero y economía. Al modo de otras estrategias disciplinarias – el diseño penitenciario, sin ir más lejos – la arquitectura se hace cómplice de dictámenes que actúan sobre el cuerpo: indicando dónde circular, cómo y junto a quién situarse; un cuerpo, en última instancia, controlado en el edificio y administrado por la ciudad. El estadio, en este sentido, se transforma en un panóptico y, como cualquier otro, el edificio actúa como máquina de visualización simétrica cuyo centro ha de ser ocupado por un observador – en la historia del estadio, un papel asumido por figuras de poder como Pinochet o el papa (FIG. 03).

El arquitecto humanista renacentista Leon Battista Alberti (siguiendo a los filósofos Platón y Cicerón) famosamente sugirió que la ciudad no es más que una casa grande y la casa, una ciudad pequeña. La institucionalización de la arquitectura como una disciplina autónoma a comienzos del siglo XIX llevó la analogía ciudad-casa más lejos, descomponiendo el entorno construido (a la escala de la casa o de la ciudad) en una serie de elementos repetibles y, por ende, entendibles como una gramática específica. Tal analogía adquiere un nuevo sentido literal en el Estadio Nacional, extendiendo la máxima albertiana *Civitas máxima domus, domus minima civitas* (Alberti, 1988) a un proceso político que, al formalizar un modelo de administración de un edificio, se transforma en un diagrama para la ciudad completa. Es más, durante ese día, la

lógica de la planta urbana se refleja en la lógica del estadio. Tal escala de apropiación sólo se podría haber implementado bajo la figura de una dictadura militar, aun cuando el evento en sí se presentaba como una celebración de la propaganda gubernamental y de consolidación de una nueva doctrina capitalista popular – un esquema según el cual todo miembro de la sociedad urbanizada tendría la oportunidad de poseer propiedades y acciones en compañías privadas⁴.

Un hecho que pasaría inadvertido para los pobladores es que, al firmar sus títulos de propiedad, simultáneamente estaban adquiriendo un instrumento de deuda con coordenadas espaciales específicas; un mecanismo de control financiero construido en torno a una planta para la ciudad para la cual efectivamente no existía un plan. Intencionalmente se obscureció esta dimensión, trasladando a miles de los ciudadanos más pobres de la ciudad desde sus barrios hacia el estadio para que, al final del día, se convirtiesen en 'propietarios' y, análogamente, en 'deudores'. Entre discursos y espectáculos musicales, los proletarios serían transformados en propietarios (FIG. 04).

Un evento de esta magnitud demandaba una escala de organización acorde – sería, de hecho, la mayor operación jurídica administrativa en la historia de Chile hasta la fecha. Funcionarios del Servicio de Vivienda y Urbanización (SERVIU) se mantuvieron ocupados por meses preparando todo el material necesario y suspendieron sus



FIG. 03



FIG. 04

funciones administrativas en la oficina para servir aquel día en el estadio. Otros actos y procesos legales también fueron necesarios para permitir el desarrollo de este operativo monumental, como por ejemplo el Decreto N° 2.833, que simplificaba y aceleraba el proceso de transferencia de títulos de dominio desde organismos estatales a personas naturales. El evento fue una apoteosis de la lógica de la propiedad: la celebración de la construcción del valor de cambio sobre el valor de uso y el posicionamiento simbólico del propietario como sujeto urbano por antonomasia.

La escala de esta empresa implicó la ironía de que tal evento – una celebración de la propiedad individual y la ciudad privatizada – se realizara en uno de los edificios más públicos de Santiago. Desde su inauguración en 1938, el Estadio Nacional ha servido de escenario para muchas de las políticas moralizadoras del Estado, que enfatizaban al Estado como un pilar para la educación de la población, la instauración de valores morales y la formación de la imagen de la nación. De esta manera, su capacidad inicial de 52 mil personas (una cifra que hacia 1940 representaba un veintavo de la población de Santiago) fue, desde los orígenes del edificio, una “escuela de patriotismo y fe democrática” masiva⁵. La grandilocuencia de esta ambición se reflejaba inclu-

so en el nombre que se le dio al edificio – el Coliseo, una referencia evidente al anfiteatro Flaviano en Roma – y fue mantenida por muchos de los subsecuentes eventos y figuras invitadas. Además de celebraciones de política gubernamental interna – incluyendo cambios de mando presidenciales, cierres de campañas políticas y recaudaciones de fondos⁶ –, desde su fundación, el estadio cumplió una doble condición: la de un edificio concebido como una plataforma de observación a través de la cual un espectador puede participar de un evento, pero también una plataforma de adoctrinamiento desde la cual el espectador mismo se vuelve el sujeto de la propaganda contenida en el evento.

En efecto, el fascículo publicado para el evento de 1979 articuló una nueva retórica sobre la vivienda social en el tono de un manifiesto: “El esfuerzo del Estado se orientará a facilitar a la familia la propiedad definitiva de la vivienda a la que pueda acceder, compatible con sus posibilidades y como satisfacción de su natural anhelo de vivienda propia”, estaba escrito con mayúsculas en negrita en la segunda página del folleto. En el mismo espíritu (FIG. 05), la vivienda se definía más adelante como “un bien que se adquiere con el esfuerzo y el ahorro de la familia. Este esfuerzo el Estado lo reconoce y comparte”. En otras palabras, la vivienda ya no es un derecho, sino un bien y, a través de una serie de subsidios, el foco del Estado pronto pasaría de la construcción de vivienda a la supervisión del desarrollo privado de sitios individuales (FIG. 06).

En perspectiva, el acto en el estadio puede entenderse como una manera de reforzar un nuevo sistema de valores sociales y económicos. Pero como deja claro la última página del fascículo, el evento era sólo la piedra angular visible de un programa que pretendía proporcionar 164.505 títulos de propiedad para fines de 1979 (de los cuales 82.513 estaban dentro de Santiago). El alcance de estas cifras, sin embargo, oscurece el hecho de que la provisión de nuevas propiedades estaba en gran medida limitada a los bordes externos de la ciudad. Siguiendo la estricta lógica de máxima eficiencia y las leyes de especulación de libre mercado, la geografía de la pobreza estaba siendo ocultada sustancialmente en las periferias. La legalización de los títulos de propiedad de la Operación Sitio encuentra su corolario en la estricta política de intolerancia del régimen hacia cualquier tipo de ocupación ilegal de terrenos privados. En este sentido, se la puede entender como un precedente operacional y espacial al propio programa de deslocalización y dispersión instaurado por el régimen militar, denominado

Programa de Erradicación y Radicación. Uno de los resultados inmediatos de este programa de ejecución centralizada fue la duplicación del número de comunas, con la ciudad fragmentada en nuevas unidades territoriales que siguieron las líneas que las tomas y poblaciones habían ocupado en los bordes de Santiago durante las décadas anteriores. Lo ‘no planificado’ fue fijado repentinamente por un plan administrativo bajo el objetivo de una gestión eficiente. Tal transformación incluso decantó en una ley según la cual las comunas se convertían en unidades territoriales atomizadas, oficialmente reconocidas, con mayores grados de autonomía para la planificación y provisión de vivienda social, salud y educación. Para 1979 se habían convertido en las principales unidades administrativas de una ciudad que eliminó sus límites urbanos. Y así, mientras la regularización de títulos estableció el marco legal necesario para la operación de un mercado de suelo libre en la ciudad, la apertura del límite urbano y atomización del poder administrativo establecieron su terreno de operación ideal.

Si se trazan en la planta del estadio las comunas a las que pertenecían las poblaciones previo a septiembre de 1979 y luego se vuelven a trazar siguiendo la formalización de las 17 nuevas comunas en 1981, los alcances de esta atomización se hacen inmediatamente evidentes. La tenencia de suelo urbano se fijó y regularizó, pavimentando el camino para posteriores especulaciones a través del paisaje físico de la ciudad orientadas al mercado y a menudo comercializadas a partir de formulaciones típicamente libertarias, del orden de *non plan* (Price, 1969)⁷. En *Social Justice and the City* (1973), el geógrafo marxista David Harvey anticipa muchas de estas fuerzas al comparar la ciudad con un teatro: los primeros en llegar, habilitados por su riqueza, eligen los mejores asientos, así como los primeros espectadores urbanos escogen los sitios que consideran mejores y más centrales, dejando a los especuladores subsecuentes cada vez menos posibilidades, hasta aquellos que quedan hacia el final con las condiciones más desfavorables. Los más vulnerables simplemente quedan fuera. Políticas de vivienda posteriores repetirían sucesivamente este modelo sobre Santiago y, bajo la lógica de la eficiencia y la idea de proveer más con menos recursos, dibujarían lotes y viviendas en sectores cada vez más distantes del centro. La planificación, por supuesto, sería la antítesis de la lógica de oferta y demanda de una economía de libre mercado. Sin embargo, lo ‘no planificado’ se vuelve visible y se fija en una planta, la del estadio, la de una ciudad hecha de islas homogéneas y semiurbanizadas. De este modo, la planta



FIG. 05

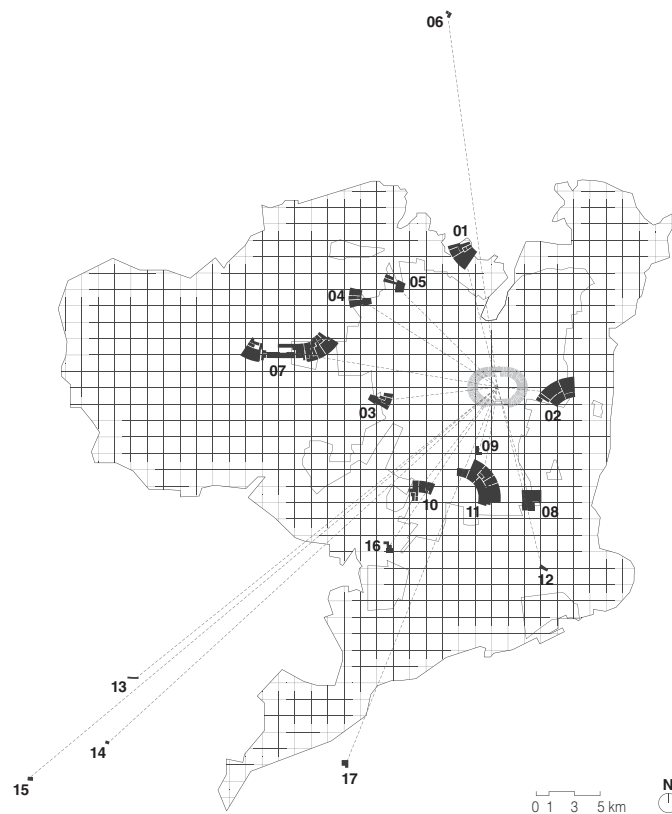


FIG. 06

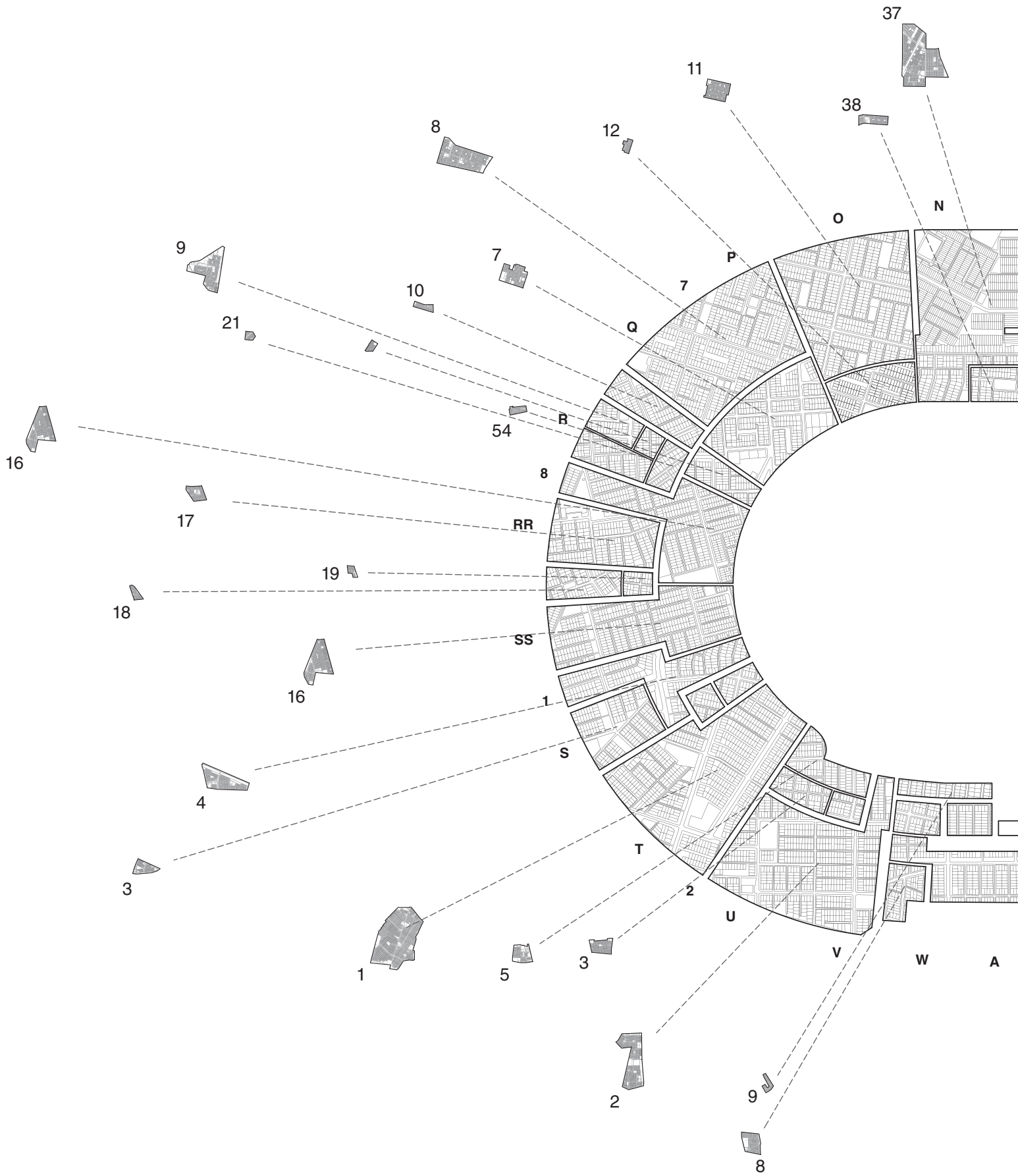
del estadio devuelve una imagen suspendida de una ciudad que desterramos a su periferia. (FIG. 07)

Por un día el estadio exhibe esta ciudad privatizada por medio de un edificio público y compacto. El Coliseo del Estadio Nacional obtiene su nombre de las dimensiones colosales del anfiteatro Flaviano, si bien su referencia fundamental reside en su flexibilidad tipológica. En otras palabras, un edificio que permanece; que se reconfigura a sí mismo a través de la singularidad de eventos que acomoda y acumula en el tiempo – desde campo de exterminio a destino de peregrinaciones, de centro deportivo a plataforma para espectáculos, como los historiadores Mary Beard y Keith Hopkins han analizado en su libro *The Colosseum* (2012). La fascinación de Aldo Rossi (1984, 1999) con el coliseo de Arles o el palacio Diocleciano en Split, a través de subsecuentes transformaciones, le permite comprender la tipología como la manera en que la forma opera – liberada de las constricciones de una escala y función específicas. La tipología, para Rossi, funciona como un principio subyacente tanto para la arquitectura como para la ciudad, estableciendo una recipro-

cidad sin escala entre ambas: la parte y el todo, lo singular y lo colectivo, lo generativo y lo resultante. Aquí, la analogía de Alberti de la ciudad como una casa grande y la casa como una ciudad pequeña encuentra un lugar especialmente prolífico en la flexibilidad tipológica del estadio. Así, el edificio contiene la posibilidad de albergar una ciudad completa, pero también de visualizar dentro de sí las tensiones no resueltas de su administración.

La planta del Coliseo del Estadio Nacional contiene los fragmentos de una ciudad no planificada y no representada. Análoga a la tarea de reconstrucción de *Forma Urbis Romae* de Piranesi – cuyos fragmentos más grandes fueron publicados en el primer volumen de *Le Antichità Romane* (1757) – el fundamento conceptual del pabellón de Chile en la Bial de Venecia es la construcción retrospectiva de una imagen de la ciudad compuesta a modo de fragmentos: una unidad conformada por una constelación de bloques individuales. El edificio como un mecanismo para visualizar el pasado y presente de una ciudad coexiste con la recreación de la condición tipológica del estadio, revisitando la varie-

dad de eventos que ha albergado a lo largo de su historia. En retrospectiva, este diagrama presagió la forma actual de Santiago, transportando al espectador en el tiempo y el espacio: desde ese centro a múltiples periferias distantes. La entrega masiva de títulos de propiedad ayuda a entender los orígenes de la segregación territorial y social del Santiago contemporáneo. Legalizando barrios marginales, las autoridades aseguraron el camino hacia el actual “desarrollo desigual” (Smith, 1990)⁸. La naturalización de la lógica de la propiedad privada, de la liberalización del suelo y de la desregulación fueron celebradas masivamente ese día, a estadio lleno.



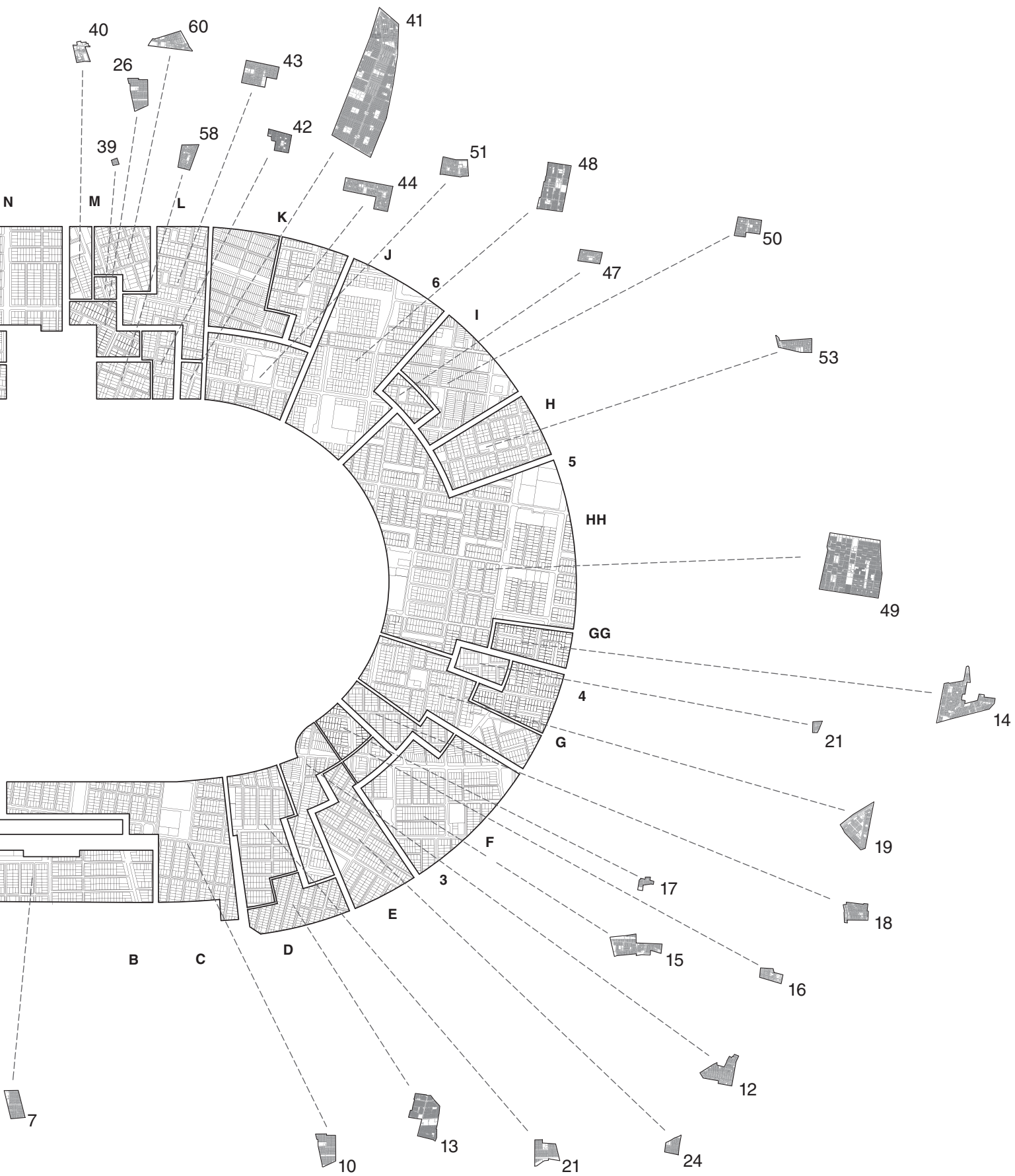


FIG. 06

NOTAS

1 Los 'pobladores' se convirtieron en un sujeto social a partir de la década de 1950, quienes, durante un severo déficit de vivienda, utilizaron la ocupación emblemática de tierra como un dispositivo para la reivindicación del derecho a la ciudad. Los pobladores, proliferando a lo largo de la década de 1960, fueron un símbolo durante el Gobierno de la Unidad Popular (Salvador Allende 1970-1973).

2 Operación Sitio fue un programa de vivienda implementado en el Gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) como un intento por frenar la proliferación de tomas de terreno ilegales en áreas centrales de la ciudad.

3 Conchalí, Renca, Quilicura, Colina, Puente Alto, La Florida, Ñuñoa, San Miguel, San Bernardo, Buin, La Cisterna, La Granja, Maipú, Pudahuel, Talagante, Peñaflores y El Monte.

4 En un discurso pronunciado en una conferencia del Partido Conservador británico en 1986, la primera ministra Margaret Thatcher (1979-1990) describe la doctrina del "capitalismo popular" en expansión en estos términos: "La gran reforma política del siglo pasado fue la ampliación del derecho a voto a más y más personas. Ahora, la gran reforma del Partido Conservador de este siglo es permitir que cada vez más y más personas posean propiedades. El capitalismo popular es nada menos que una cruzada para hacer partícipe a las mayorías en la vida económica de la nación. Nosotros, los conservadores, estamos devolviendo el poder a la gente".

5 Una frase del discurso inaugural del Estadio Nacional por parte del presidente Arturo Alessandri, publicado en *El Mercurio*, 4 de diciembre de 1938.

6 Ejemplos de política exterior en el estadio son la visita del vicepresidente de los Estados Unidos Henry Wallace, recibido en el edificio en marzo de 1943 como parte de una gira por América Latina en busca de apoyo político durante la Segunda Guerra Mundial y la visita de Fidel Castro, quien en 1971 también se dirigió a un estadio lleno.

7 "*Non-Plan*: un experimento sobre la libertad", también llamado *null-plan* (o plan nulo), fue un artículo que apareció publicado en la revista *New Society* en otoño de 1969 en Londres. Escrito en conjunto por el entonces editor de la revista, Paul Barker, el crítico Reyner Banham, el geógrafo Peter Hall y el arquitecto Cedric Price, el texto –descrito portentosamente por sus autores como un "experimento mental"– desafió los principios centrales de la planificación, cuestionando desde la idea continental (y heroica) del plan promulgado por figuras como el Barón Haussmann y Napoleón III en el París del siglo XIX hasta el modelo más característico inglés –no menos autocrático– que simplemente parecía engendrar una mismidad predecible y monótona en los pueblos y ciudades del Reino Unido de la posguerra. En cambio, el *non-plan* (o 'sin plan') abogó por un nuevo tipo de "desarrollo desigual" (*uneven development*) impulsado por el radical abandono de las formas de planificación y legislación existentes, empoderando a los ciudadanos individuales para "afectar" las formas en que sus comunidades se adaptan, mueven, encogen y crecen de acuerdo con los nuevos modos de transporte y el cambio de las condiciones sociales y económicas. En

esencia, se trataba de un experimento que optimistamente imaginó un mundo emancipado sin planes (ni plantas). Ver: Reyner Banham et al., "Non-Plan: An Experiment in Freedom", *New Society* vol. 13, no. 338 (marzo 1969): 435-443.

8 "Desarrollo desigual" y "desarrollo combinado" son conceptos marxistas para describir la dinámica general de historia de la humanidad. Fueron utilizados originalmente por el revolucionario ruso Leon Trotsky a principios del siglo XX. Hacia fines del mismo siglo Neil Smith se refirió a la idea de "*uneven development*" como el sello o firma geográfica del capitalismo. Este es el título del libro en el que Smith argumenta que el desarrollo desigual del capitalismo está íntimamente ligado y, de hecho, producido por las contradicciones internas del capital (Smith, 1990)

REFERENCIAS

ALBERTI, L. B. *On the Art of Building in Ten Books*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1988.

BEARD, Mary; HOPKINS, Keith. *The Colosseum*. Cambridge, MA. Harvard University Press, 2012.

HARVEY, David. *Social Justice and the City*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1973.

PIRANESI, Giovanni Battista. *Le antichità romane*. Roma: Nella Stamperia Salomoni - Getty Research Institute, 1757.

ROSSI, Aldo. *The Architecture of the City*. New York: Oppositions Books, 1984.

ROSSI, Aldo. *Autobiografia scientifica*. Milano: Nuova Pratiche Editrice, 1999.

SMITH, Neil. *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1990.

IMÁGENES

FIG. 01 Estadio Nacional, 29 de septiembre de 1979.
Fuente: Memoria Anual Ministerio de Vivienda y Urbanismo 1979, Archivo MINVU.

FIG. 02 Planta que circuló en el fascículo publicado por MINVU que circuló junto al periódico La Tercera, 27 de septiembre de 1979.
Fuente: Colección Biblioteca Nacional.

FIG. 03 Horizonte. Imágenes del proyecto audiovisual del Pabellón de Chile en la Bienal de Venecia.
Fuente: Javier Correa.

FIG. 04 Publicidad del evento en periódico La Tercera, 27 de septiembre de 1979.
Fuente: Colección Biblioteca Nacional.

FIG. 05 Contratapa del fascículo haciendo referencia a la retórica de la nueva política de vivienda del Estado (página 32).
Fuente: Colección Biblioteca Nacional.

FIG. 06 Estadio en la ciudad: Ubicación de las poblaciones representadas el día del evento en la ciudad agrupadas por comunas.
Fuente: Producción equipo Stadium.

Leyenda:

1. Conchali 11 km (58 stadium)
2. Ñuñoa 4,7 km (26 stadium)
3. Maipú 9 km (49 stadium)
4. Renca 13 km (70 stadium)
5. Quilicura 11 km (62 stadium)
6. Colina 41 km (221 stadium)
7. Pudahuel 17 km (91 stadium)
8. La Florida 9 km (50 stadium)
9. San Miguel 5 km (28 stadium)
10. La Cisterna 10 km (53 stadium)
11. La Granja 8 km (41 stadium)
12. Puente Alto 15 km (80 stadium)
13. Talagante 36 km (198 stadium)
14. Peñaflores 41 km (224 stadium)
15. El Monte 47 km (257 stadium)
16. San Bernardo 15 km (82 stadium)
17. Buin 32 km (175 stadium)

FIG. 07 La ciudad en el Estadio.
Fuente: Producción Equipo Stadium.